

EL CÁLIDO ECO DE PILAR

Enrique Satué Oliván-2019

“Tirar del hilo no siempre es sencillo, y eso que ella bordaba muy bien”. El primer contacto con la figura de la maestra Pilar Betrán Pueyo lo tuve hacia el año 2000, cuando redactaba mi libro *Caldearenas, un viaje por la historia de la escuela y el magisterio español*. Aquel trabajo generalista me sirvió para interesarme por temas particulares de la Historia de la educación como las colonias infantiles durante la Guerra civil, que materialicé en la obra *Los niños del frente*, o por docentes que las fuentes mostraban con un perfil apasionante, como el caso de Pilar. En algunos de ellos acabé el dibujo de su figura, pero con Pilar, he de confesar que no supe hacerlo; situación que, veinte años después, con este humilde artículo, pretendo subsanar. Me animan varios factores. Los enumeraré según la importancia que les doy: El primero, la calidad humana de Pilar Betrán, sugerida por las fuentes que he utilizado. El segundo, haber dado con Esperanza Casanova Campo, una montañesa entrañable, que fue alumna suya. El tercero, la constatación permanente de que la guerra civil no sólo arruinó personas y familias, sino que amputó la memoria, el relato biográfico de los muertos que, cuando se les recuerda, a menudo, se circunscribe a breves datos de su desaparición, repetidos una y otra vez, a veces con errores, como es el caso de Pilar. El cuarto, que la mitad del escenario profesional que vivió Pilar como maestra propietaria fue un espacio entrañable para mí infancia, el de las “Escuelas Nacionales” de Sabiñánigo. Y, finalmente, el quinto, mi interés por el comportamiento de las reglas que mueve la transmisión oral que, cuando envuelven a Pilar Betrán, adquiere una riqueza digna de ser, al menos, meditada.

Durante este largo periodo siempre ha habido momentos en que he querido retomar el tema y, de hecho así ha sido, para hacer entrevistas, repetirlas incluso, o buscar nueva documentación. Estas fuentes han sido las siguientes: Toda la bibliografía vinculada a Jaca y Sabiñánigo durante la II República y la Guerra Civil. La documentación que aportan al tema las hemerotecas del Diario de Huesca, Alto Aragón, Semanario La Unión y Pirineo Aragonés, Los fondos del Archivo Histórico Provincial de Huesca. Y, finalmente, la inexistencia de familiares directos ha sido paliada con entrevistas

realizadas a un ramillete de ocho personas, tanto de Sabiñánigo como de Jaca y Huesca, que podían facilitar información significativa¹.

Se finaliza esta introducción con la aclaración, obvia, de que la tradición oral no puede ser utilizada, por sí sola, como verdad, sino que, en todo caso, lo que muestra son estelas, pasillos culturales, creados por la mente humana, donde los hechos adjudicados pudieron caber como certezas o no.

Calle Mayor, número 33

Pilar Betrán, no “Beltrán”, como escriben algunas fuentes, era la hija de Mariano Betrán García, nacido en Jaca, y de Mercedes Pueyo Martínez, natural de Embún. Vino al mundo, en aquella ciudad, el día 8 de octubre de 1907, y fue la mayor de cuatro hermanos. A ella le seguirían Esperanza, nacida en 1911, José, de 1914, y Luis, que sería el más pequeño.

Cuando las fuentes escritas se refieren a la profesión del padre, unas dicen que Mariano regentaba una peluquería y, otras, que era practicante. Ambas están en lo cierto pues Mariano Betrán seguía la vieja tradición de los barberos que, en su labor artesana, conjugaban la estética con la higiene y la labor auxiliar médica, es decir, la de “practicante” (actual auxiliar técnico sanitario o A.T.S).

La familia vivía en la Calle Mayor de Jaca, en el nº 33, frente al fotógrafo Francisco De las Heras. Una fotografía tomada por el Centro Excursionista de Cataluña, a finales de los cincuenta, todavía muestra los rótulos “Betrán” y “Peluquería”. Aquellos años serían los últimos de la vida del sufrido Mariano que, a decir de las fuentes, desde la tragedia de Pilar, “no levantó cabeza”.

Los tres primeros hijos encaminarían su vida, con vocación y aptitudes, hacia la docencia. Por desgracia, el tiempo histórico que les tocó vivir truncaría la plenitud de su carrera.

La documentación del Instituto Ramón y Cajal y la Normal de Magisterio nos muestran como Esperanza fue muy aplicada. Maestra por el Plan 1914, cursó el Plan Profesional de la II República con su primera promoción, es decir tres cursos más uno de prácticas, cursado entre 1934 y 1935. Los estudios los realizó de modo brillante y, a la par que

¹ María Bordetas Borrillas (1911, Sigüés, Maestra,+). Salvador López Arruebo (1914, Baranguá, director escolar,+). Juan José Claver Laguarda (1920, Sabiñánigo, químico y directivo EIASA,+). Álvaro Gairín Pétriz (1917, Jaca, +). Teresa Diez Ara (1914, Jaca, viuda del suboficial Julio Caujapé + 1936, +). Esperanza Casanova Campo (1925, Castiello de Jaca). Miguel Ángel Zaborras Ciprián (1932).

cursaba el Plan Profesional, se matriculó de Bachiller en el IES Ramón y Cajal. En el 36 sería depurada y, tras la Guerra, se casó y se trasladó a Lérida.



Puerta y balcón de la calle Mayor, nº 33, en la actualidad. El mismo balcón con los rótulos “Betrán” y “Peluquería” a finales de los años cincuenta.

El siguiente hermano de Pilar, José Fausto, cursó el bachiller por el Plan Callejo de 1926 (Dictadura de Primo de Rivera) en el Instituto Ramón y Cajal de Huesca, es decir los tres años de bachillerato elemental y otros tres de bachillerato universitario, con un año común y dos de especialidad, en su caso, de ciencias. A continuación cursaría, con la segunda promoción del Plan Profesional, los estudios de Magisterio, para efectuar en el curso 1935-36 las prácticas en la escuela del Pueyo de Jaca. La Guerra Civil le conduciría al exilio y en 1954, en vida todavía de su padre, vemos cómo solicita desde el domicilio paterno la expedición de un nuevo título de maestro para solicitar el reingreso, trámite que conseguiría para ejercer en una remota aldea de la Ribagorza oriental.

Finalmente, Luis, el hermano pequeño, dirigiría sus pasos profesionales hacia la banca y ejerció en la provincia de Soria.

Magisterio por libre

Según el expediente nº 2147 de la “Escuela Superior de Maestros de Huesca” Pilar Betrán cursó el Plan 1914 de Magisterio a través de enseñanza libre.

Tras realizar los estudios primarios en Jaca, efectuó el examen de ingreso con 14 años, el día 1 de junio de 1923. En la prueba escrita desarrolló el tema nº 60 que giraba alrededor de “los mandamientos de la Iglesia”. En el cómputo global, entre la prueba oral y escrita, obtendría la calificación de “aprobado”.

Desde 1922 a 1926 cursaría los cuatro años de la carrera, los dos últimos con prácticas escolares.

A pesar de realizar los estudios de modo libre, el domicilio que aporta en los documentos de la época está situado en Huesca, en la Calle San Orencio, números 4-6 y 8. En el mismo edificio en que naciera el insigne geólogo Lucas Mallada, apellidado casualmente Pueyo como Pilar Betrán. Al parecer no había parentesco y, en la época de Pilar albergaba una pensión, lo que hace pensar que esta, además de estudiar, posiblemente realizaba algún trabajo.

De las 35 asignaturas que componían la carrera, la mitad las cursó con una nota que superaba el notable, para mostrar especial inclinación por Historia, Francés, Álgebra, Lengua, Música y Religión.

Las memorias de las prácticas escolares de los dos últimos cursos del Plan 14 de Magisterio (cursos 1924-25 y 1925-26) suponen dos nítidas ventanas de lo que era, a comienzos de los años veinte, la enseñanza primaria en la escuela pública.

Dichas prácticas las realizó en la “Escuela Nacional de Niñas de Jaca”, bajo la tutela de la maestra titular, doña Encarnación Amerle Constante, de 52 años y nacida en Lérida. La escuela estaba ubicada en La Calle del Carmen, en el número 6, sin concordancia alguna con la numeración actual. El edificio pertenecía al “Patronato del Hospital local”, estaba ubicado junto a la parroquia del Carmen, y se había desgajado de la antigua inclusa o “Casa de Misericordia”. Estaba compuesto por tres plantas, la baja la ocupaban la “maternidad”, el parque de bomberos y un almacén del regimiento Galicia. La planta primera estaba ocupada por los juzgados municipal y de primera instancia y la escuela nacional unitaria de niñas, en la que hizo las prácticas Pilar. Finalmente, la segunda planta estaba ocupada por tres escuelas nacionales, unitarias, de niños y una de niñas, municipal.

La unitaria nacional de niñas constaba de 109 metros cuadrados, y estaba compartimentada por un tabique de madera en dos clases, “grados o grupos”, en los que se repartían 80 alumnas divididas, cada uno de ellos, en tres secciones, siguiendo el

criterio de capacidad. La titular de la unitaria era auxiliada por una maestra, supeditada a ella, y costeada por el municipio.

Si el techo era amplio y el volumen de aire sobrado, la iluminación del espacio no era satisfactoria porque sólo recibía luz a través de cinco ventanas de 1,10 x 1,90 metros (dos para un espacio y tres para el otro). Contexto que Pilar Betrán engloba bajo una situación general de “deficiencias higiénicas y pedagógicas”.

Tanto el edificio como la constitución de las clases y la financiación de maestras auxiliares muestran un panorama de transición en el que el Estado no se ha asumido todavía toda la responsabilidad de la enseñanza pública.

La memoria de las prácticas escolares del tercer curso de Magisterio se compone de doce cuartillas apaisadas y manuscritas, cosidas por el borde con pulcras puntadas de labor, de tiradas rectangulares de hilo blanco. Aún hoy, letra y puntadas recogen, de modo humilde, la personalidad y el buen hacer de Pilar Betrán.

La del cuarto curso posee once cuartillas, también escritas a mano, con un folio plegado, a modo de anexo, que contiene una “hoja antropológica escolar”.

Los conceptos, objetivos y medios que encierran ambas son similares. Una mirada simplificadora puede ser esta:

Se ensalza el valor trascendente de la educación, pues Pilar, al comienzo de la memoria del cuarto curso escribe que “educar significa conducir las almas a las alturas, hacia todo lo que es grande, noble y generoso”.

Los conceptos pedagógicos más veces repetidos son el del “fomento del patriotismo”, asociado al Regeneracionismo, y el de la búsqueda de una enseñanza intuitiva. La insistencia en lo primero es propio de la época y se verá reflejada en la escuela a través del lema de Joaquín Costa, “Escuela y Despensa”, pues se cultivará el ahorro escolar (la mutualidad escolar), la fiesta del árbol y los paseos higiénicos y formativos. También se insiste en la enseñanza intuitiva, es decir, en la presentación de casos u objetos concretos para, desde ellos, descubrir el principio que los rige, hecho que no ha de extrañar pues ya se atisban los albores de la Escuela Nueva, donde la experimentación es la base de todo aprendizaje. En el caso en que la relación con la realidad no fuese posible, se sustituía esta por las láminas.

El programa estaba repartido en “asignaturas” y era “cíclico”, es decir, se repetía semanalmente. Por la mañana se impartían las asignaturas, primero las que requerían más atención. Se comenzaba por media hora de dictado para mejorar la ortografía y el

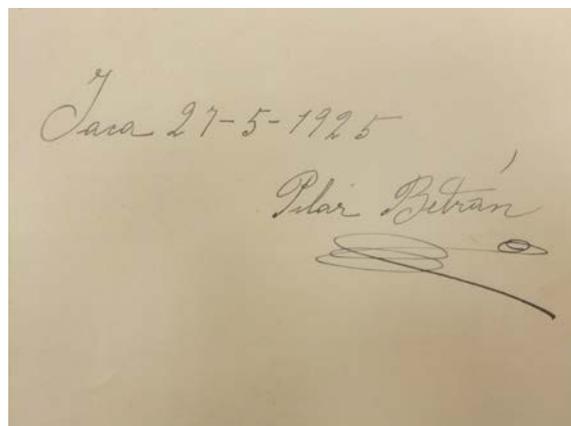
análisis gramatical. En cambio, las tardes se dedicaban a las “labores”, fundamentalmente, bordado y costura.

Los medios se basaban en el “encerado”, el papel y el lápiz. Para las matemáticas, se utilizaba regla, escuadra, cartabón, compás y volúmenes de madera. Para la Geografía, la Historia y las Ciencias se usaban las láminas, la esfera y los paseos.

Pilar señala que para la “geografía astronómica” seguía, con buenos resultados, los procedimientos del padre Manjón, de las escuelas del “Ave María”.

La fiesta del árbol entraba en su esplendor, contando con el entusiasmo de maestros, municipios y la colaboración de los viveros de la administración forestal, volcados en la repoblación. Así, Pilar cuenta cómo en la primavera de 1925 participaron, en un mismo día, 500 escolares de Jaca, con presencia de autoridades “civiles, eclesiásticas, militares y académicas”.

Dentro de las actividades extraescolares, Pilar señala en el último año de prácticas una especial que debió de ser trabajada en todas las escuelas españolas: el aprovechamiento didáctico del “Raid aéreo Huelva-Buenos Aires”, llevado a cabo por la aeronave “Plus Ultra”, que partió de la Rábida el 22 de enero de 1926 y llegó a Buenos Aires el 10 de febrero, tras una intrépida gesta



Sello de la escuela de Jaca donde Pilar hizo las prácticas y firma de la primera memoria, en el curso 1924-25.

Finalmente, Pilar narra cómo, además de ejercitarse en el desarrollo de la mutualidad escolar, lo hizo, durante los dos cursos, con el uso de los libros de registro: matrícula, asistencia, notas, correspondencia, y paidológico.

A este respecto, llama la atención el anexo adjuntado con la memoria del segundo curso de prácticas (cuarto de la carrera). Es la “hoja antropológica escolar” de la alumna Concepción Campo Bandrés, de 12 años de edad, hija de Andrés y Felipa, que vivía con sus familia en Asieso y que ha de andar todos los días 4 kilómetros hasta la escuela de

Jaca. En dicha hoja se cumplimenta una serie de datos “fisiológicos” y “pedagógicos”. Como curiosidad, dicha “niña”, falleció en 2012, a los 98 años de edad. Ambos periodos de prácticas, con el visto bueno del inspector jefe de Huesca, fueron excelentemente valorados por la maestra y tutora Encarnación Amerle –“habiendo observado ejemplar conducta y aprovechado largamente mis observaciones y enseñanzas”.

De interina al ingreso en el escalafón

Resulta importante anotar las fechas de su hoja de servicios porque, a la par, señalarán las ausencias o presencias en la actividad política de Jaca y Sabiñánigo.

Sabemos que un año después de terminar los estudios de Magisterio reside en Huesca y solicita al Director General de Primera Enseñanza opositar para el ingreso en el “Magisterio Nacional”, meta que logra en 1928 a expensas de realizar las prácticas.

Según su hoja de servicios, a continuación, entre febrero de 1931 y octubre del mismo año, ejercería como interina en Jaca, seguramente realizando una sustitución de la maestra propietaria, periodo del que se conoce una fotografía escolar en la que aparece ella.



Pilar Betrán, en la esquina superior derecha. Debajo, la compañera Dolores Otín. Detalle de la fotografía del libro *Los exalumnos de Jaca (1903- 2003)* de Jesús Pedro Juanín Esteban.

Desde octubre del mismo año, a mayo del 32, es destinada a Ayerbe como interina. Lo refleja la hoja de servicios pero, también, lo hace el semanario La Unión, quien da cuenta del traslado, junto a la compañera jacetana Petra Andrés Recio.

Finalmente, a comienzos del curso 1932-33, es destinada por concurso nacional de traslados, para realizar las prácticas obligatorias de la oposición, a Chillón (Ciudad Real). Una población de cerca de dos mil habitantes, junto a Almadén, que vivía de la minería. En marzo de 1932 y en la “Escuela Nacional Mixta nº 2 de Chillón” sería declarada apta para el “ingreso en el escalafón” y ejercería en ella hasta el verano de 1934 en que, también por concurso, firmada la resolución por el célebre Director General de Primera Enseñanza Marcelino Domingo, sería destinada a la escuela “Estación de Sabiñánigo, unitaria de niñas nº 1, serie B, de Huesca”, donde ejercería dos cursos, el 34-35 y el 35-36, hasta aquel fatídico y cruel verano.

Gaceta de Madrid.—Núm. 252

ja (Sevilla), con 2-3-18; para Prado del Rey (Cádiz); serie A. pa
Número 770 bis E, grupo D.—Doña rie
Pilar Betrán Pueyo, de Chillón (Ciudad cer
Real), con 2-3-19; para Estación de Sa- la
biñánigo, unitaria número 1, serie B Ar
(Huesca). n

Sello del destino de Pilar en Chillón (Ciudad Real) y detalle de la Gaceta de Madrid, de 9 de septiembre de 1934, por la que es destinada a Sabiñánigo.



Aquella escuela nacional, nº 1, de la Estación de Sabiñánigo

Aunque la vida social y política la realizó fundamentalmente en Jaca, durante los dos cursos escolares, residió en Sabiñánigo, en régimen de pensión, con un matrimonio (el de “señora Ascensión de Ventorro”), junto a una compañera de Huesca llamada Aurora. La pensión estaba ubicada en el edificio del sastre señor Jal, en el actual cruce de las calles Serrablo y Oturia, un emprendedor llegado de la aldea de Cortillas, al socaire de las posibilidades que daban el ferrocarril, los viajeros a Panticosa, y la implantación de industria química en la población, con la consiguiente llegada de migración local, regional y nacional. Por aquel entonces “La estación de Sabiñánigo” andaba sumida en un tremendo despliegue demográfico aunque no alcanzase los dos mil habitantes.

Cuando llegó Pilar a Sabiñánigo, ya había sido sofocada una célebre huelga, iniciada en 1932, organizada por un intenso movimiento sindical que reclamaba distintas mejoras, especialmente de seguridad en el trabajo.

Coincidiendo con la llegada de Pilar, y el apoyo del Gobierno al Ayuntamiento, sería inaugurado el nuevo edificio de las escuelas nacionales. Hasta entonces, las escuelas, estaban en el cruce de las calles Coli Escalona y Ordesa.

El edificio que hoy alberga el juzgado, la asociación cultural “Amigos de Serrablo” y el Centro de Profesores, se acomodó a la inclinación de la alineación margosa que vertebraba Sabiñánigo. Contaba, como ahora, con dos plantas, la baja para niños y la alta para niñas, con tres clases cada una. Además, delante de la fachada sur, poseía un recreo que quedaba colgado respecto a la arteria principal, el Paseo de la Estación.

Coincidieron en mayor o menor medida durante aquellos dos cursos, José María Brunet Zamora, natural de la villa de Tardienta, que desempeñaba la dirección, Encarnación Torner, Aurora, la amiga de Pilar, que era de Huesca, José Latorre Clavería, que a pesar de pertenecer a la FETE como Pilar, pudo soslayar la depuración del Franquismo y se jubiló en la misma escuela, y Ángel Casajús Pardo, natural de Canfranc, también de la FETE, que se tuvo que exiliar (a mediados de los sesenta trabajaba en la presa de Frejus, en los Alpes franceses).

La labor pedagógica de Pilar en Sabiñánigo se puede seguir a través de los testimonios orales. Salvador López Arruebo, en entrevista escrita que gentilmente respondió, la resumió al decir que “era una gran maestra y preparada profesionalmente”.

Los detalles pedagógicos se pueden intuir a través de los recuerdos de su alumna Esperanza Casanovas Campo que, además, poseía vínculos familiares con “Pilarín”, como ella la llama.

Esperanza había nacido en Castiello de Jaca en 1925 y su padre, como muchos montañeses, fue atraído por el jornal de las industrias de Sabiñánigo. Al no poseer formación, sería destinado a un trabajo duro, el de los hornos de aluminio. Ella recuerda que, como muchas familias, la suya “no tenía un duro ni para hacer cantar a un ciego”. En aquel panorama social, en que muchos obreros tenían que residir en las aldeas circundantes, y desplazarse a diario hasta las fábricas por falta de viviendas, se notó, breve pero con intensidad, la impronta de Pilar, que ya venía curtida del ambiente que rodeaba las minas de Almadén.

Esperanza fue escolarizada en el 34-35 con Encarnación Torner, y en 35-36 con Pilar. Por su memoria, a pesar de haber transcurrido más de ochenta años, fluyen con

precisión el nombre de las compañeras más allegadas: “Choneta de López, Angelita de Mincholet, Ascensión de Gabriel, Isabel Garzón, las hermanas María Jesús y Pepita Ara, Ramona y María Cruz Arnal, Felisina y Herminia Albertín, Pura Rapún...”

La información oral confluye en la gran capacidad didáctica que desarrollaba Pilar Betrán alrededor de las manualidades y las labores, lo que lleva a afirmar que los hogares de Sabiñánigo están repletos de obras guiadas por ella (cuadros, colchas, cubiertas, prendas...). A modo de ejemplo, porque le quedó impreso en la memoria, Esperanza recuerda un edredón pintado en tela que hizo con su alumna Choneta.



Derecha: Actual edificio de las antiguas “Escuelas Nacionales” de Sabiñánigo. Izquierda: detalle de un grupo de alumnas en el curso 34-35. La flecha señala a la niña Esperanza Casanova. En medio la maestra Encarnación Torner.

También se recuerda como “Pilarín” implantó el uso de las batas escolares, que confeccionaba María, una modista también llegada a Sabiñánigo desde la aldea de Cortillas, y cómo aquella se ocupaba de que también las llevaran aquellas niñas cuyas familias no podían pagarlas.

El resto del perfil pedagógico que envuelve a Pilar se diluye entre su autoría, la de los compañeros y las directrices pedagógicas oficiales que emitía la II República.

Se recuerda el problema de los piojos, servido por viviendas mal dotadas en lo higiénico, la estufa de serrín, el uso del “usted” como sello ciudadano, más que de alejamiento entre la maestra y el alumnado, los pupitres bipersonales, el paso del lápiz a la plumilla, el uso de la enciclopedia Dalmau Carles en sus distintos grados, la lectura de libros surtidos por la biblioteca escolar y, sobre todo, el recuerdo proviene de la escuela activa, la pedagogía de las actividades extraescolares que se vertía el jueves por la tarde y el sábado por la mañana.

Se evoca especialmente la celebración de la Fiesta del Árbol, cuyos resultados se ha visto muchos años en la chopera de las orillas de la Tolibana.

También se recuerda la celebración de la Fiesta de Santa Lucía, fiesta infantil del sustrato de la tradición popular, que bajó desde la antigua aldea de Sabiñánigo y que sería asumida por las escuelas de la Estación en forma de recital de poesía o teatro, visión de una película en el Centro Instructivo (casino) y merienda servida por los maestros o chicas mayores de Sabiñánigo.

Estos recuerdos extraescolares se completan con la chocolatada a la que invitaba “Pilarín” el día de su santo o las meriendas que se festejaban los jueves primaverales en las fuentes de la localidad: Arín y Valdequivera.

“Pilarín era una preciosidad”

Todas las fuentes apuntan hacia una personalidad carismática, propicia para tejer un mito que las circunstancias lo hicieron fugaz e icónico.

Las fuentes no la alejan de la religiosidad. Por ejemplo, el maestro de Sabiñánigo, Salvador López Arruebo, señala que rezaba el rosario junto a doña Ascensión, en la pensión de Sabiñánigo. Además, el “requiescat in pace” que se sabe que pronunció al conocer su final en la cárcel de Jaca le vincula a la cultura religiosa.

En el trabajo era inteligente, culta, activa, emprendedora, creativa, se hacía querer y, además, a todas estas virtudes, añadía saber tocar el piano.

Por lo demás, y no deja de ser importante, en la elaboración breve pero mítica de su figura, era “alta, delgada, guapa, esbelta”; en resumen, como dice Esperanza: “Pilarín era una preciosidad”. Debía serlo porque, Teresa Diez, recordaba cómo cuando el general Primo de Rivera visitó Jaca, en el baile del parque se fijó en Pilar y le regaló una pulsera de oro, en homenaje a las mujeres jacetanas.

En la estela de Mariana Pineda

Se puede intuir que su sensibilidad política se nutrió de la Jaca de la sublevación de Galán y García y se reforzó en su destino en Chillón.

Los capitanes Galán y García se sublevaron el 12 de diciembre de 1930, fecha en la que suponemos a Pilar en Jaca o en Huesca, en un tiempo impreciso en el que ya había

aprobado las oposiciones pero no trabajaba en la enseñanza oficial. En cambio el periodo de apoyo social a los sublevados, con el advenimiento de la II República el 14 de abril, lo vive en Jaca, como maestra interina.

Desde este “periodo generatriz”, las fuentes señalan hacia cuatro focos ideológicos: el republicanismo, el socialismo, la pertenencia a la Federación Nacional de Trabajadores de la Enseñanza y la colaboración con el Socorro Rojo Internacional.

El republicanismo de Pilar la tradición oral lo muestra alrededor de dos focos: en el apoyo a los presos sublevados con los capitanes Galán y García, en que se viste junto a tres compañeras con los colores de la bandera para visitarlos, y en el acto de la entrega de una bandera constitucional al Regimiento Galicia número 19 de Jaca.

Las fuentes confluyen en dos de las tres chicas que se vistieron del color de la bandera republicana, una es Pilar, otra Rosario Jaca, pero en la tercera no coinciden.

Mayor simbolismo y eco tuvo el acto celebrado en el quiosco del Paseo Galán y García, suponemos que en mayo o junio de 1931, en el que Pilar hizo de madrina en la entrega de una bandera constitucional al Regimiento Galicia nº 19. Asociado a este acto se comenta de modo difuso que Pilar había bordado aquella bandera, hecho que encaja perfectamente con sus habilidades escolares.

A partir de aquí se encendería la mitificación pues, en el vecino Sabiñánigo, la tradición oral ya sitúa en cabeza de una manifestación pro republicana una gran bandera bordada por la maestra Pilar Betrán. De hecho, hasta la actualidad, de Pilar sólo se comenta, básicamente, sus relaciones con la bandera, que era maestra, el oficio de su padre, su vinculación al Socorro Rojo Internacional, y la edad que tenía cuando fue fusilada, que el proceso legendario lleva a los 25 años cuando, en realidad, estaba a punto de cumplir 29.

La cuestión daría para una reflexión más amplia. Pilar encarnaba la figura ideal para que anidara alrededor de ella una vieja tradición que proviene de la tradición mitológica del mundo clásico mediterráneo. El eco de Pilar parte de Penélope o de divinidades griegas como Ariadna y Atenea, figuras que dotan al hilado de sabiduría, resistencia pasiva y autoconocimiento; en definitiva una cultura eco-femenina que dará la vuelta al bordado o hilado, transformándolo de sumiso y doméstico en transgresor y reivindicativo.

Dicho arquetipo cultural llegaría a la Revolución Francesa, y en España se encarnaría en la figura de la liberal Mariana Pineda, para saltar hasta el Sexenio revolucionario, la Primera República y, finalmente, la Segunda. A lo largo de un proceso en el que el hilo conductor –nunca mejor dicho– no son las verdades objetivas, sino las culturales; si Mariana o Pilar bordaron las banderas sino cómo un viejo arquetipo mítico prendió alrededor de ellas, en el caso de Pilar, una mujer sabia y agraciada que en los actos republicanos no llevaba el gorro frigio pero sí su adaptación en toquilla y peineta.



Mayo o junio de 1931, el fotógrafo Francisco De las Heras, capta el momento en que Pilar Betrán hace de madrina en el acto de entrega de una bandera constitucional al Regimiento de Galicia, nº 19.

Respecto al socialismo de Pilar, en los expedientes de depuración del Magisterio, que hoy podemos consultar en el Archivo Histórico Provincial de Huesca, aparece Pilar Betrán con dicha filiación asignada por la Dirección General de Seguridad, junto a 141 compañeros, de los que el 14 %, a pesar de la feminización que había en la enseñanza primaria, eran mujeres.

Respecto a su pertenencia al sindicato de la Federación Nacional de Trabajadores de la Enseñanza, también aparece en los listados aportados al proceso depurador. Son 67 los afiliados y el 19 % son mujeres.

Finalmente, las fuentes orales coinciden en que en una inspección que hicieron las fuerzas de seguridad en la pensión donde vivía en Sabiñánigo se encontraron pruebas de

su colaboración con el Socorro Rojo Internacional, el servicio creado en 1922 por la Internacional comunista para que funcionara de modo autónomo, independiente de la Cruz Roja Internacional.

Despedida

La documentación de los expedientes de depuración muestra cómo el 1 de agosto de 1936, Pilar Betrán fue declarada suspensa de empleo y sueldo por el gobernador civil y a instancias del delegado militar en la zona, por considerarla “perjudicial para los intereses nacionales, tanto en su aspecto pedagógico como social y patriótico”.

Los restos de Pilar Betrán descansan en el cementerio municipal de Jaca. La bibliografía que se ocupa de la Guerra Civil y la II República en el Viejo Aragón refieren su fusilamiento y el contexto en que se produjo, el 26 de agosto de 1936, en el campo de Las Batiellas, próximo a Jaca.

Datos concretos sobre los últimos días e instantes de Pilar los aporta la maestra Pilar Ponzán en su libro *Lucha y muerte por la libertad (1936-45)*, pues se encontraba presa en Jaca, junto a Pilar y otra compañera, Caridad Olalquiaga que se exiliaría en Guatemala.

Las fuentes orales no sólo hablan de ideología, más bien se polarizan en la incultura, las envidias, los “cambios de chaqueta” y el sálvese quien pueda, al tiempo que lo resumen en frases hechas como la de que “el más amigo te denunciaba”.

Aún hoy, su alumna Esperanza recuerda cómo la desaparición de “Pilarín” constituyó un trauma para ella y cómo “no hay derecho a lo que hicieron, porque Pilar era una santa”.

Hasta aquí el cálido eco de Pilar, retenido del mejor modo que he sabido; a partir de ahora, aunque no formó parte de la norma, me queda pendiente recuperar la figura de doña Bernardina Moreu Puértolas, maestra de Sarvisé, a la que se llevó “la otra geografía humana de la guerra”, junto a su madre, también, entre cosas, por su relación con otra bandera.